

El mito de la hermandad jerárquica en el fascismo intervencionista y en el africanismo. Los aristócratas del combatentismo

Andrea Vincenzini

Universidad de Cantabria

Fecha de aceptación: 15 de junio de 2020

Resumen: Con este trabajo nos proponemos analizar como la Gran Guerra fue la chispa que contribuyó a crear las condiciones culturales, sociológicas, políticas y sociales para el nacimiento y la sucesiva evolución del fascismo. De hecho, en aquellos años los grupos intervencionistas más extremistas elaboraron una concepción social que hemos llamado de la hermandad jerárquica, basada en la absolutización de la política y la extensión de la lógica militar a la vida civil. De la misma manera, nos proponemos investigar cómo Marruecos en palabras de Ortega y Gasset “hizo del alma dispersa del Ejército español y sobre todo de su núcleo duro (los africanistas) un puño cerrado moralmente dispuesto para el ataque”. De hecho, cuando empezó la Guerra Civil, los generales africanistas llegaron a creer que tenían la capacidad de interpretar la voluntad nacional y transfirieron al conjunto del Ejército rebelde los valores del Ejército colonial.

Palabras clave: hermandad, jerarquía, nación, Africanistas, fascios revolucionarios.

Abstract: With this work we propose to analyze how the great war was the spark that contributed to create the cultural, political, sociological and social conditions for the birth and successive evolution of fascism. Infact, in those years the most extremist interventionist groups elaborated a social conception that we have called the hierarchical brotherhood based on the absolutization of politics and the extension of the military logic to civilian life. In the same way, we propose to investigate how Morocco in the words of Ortega y Gasset “made the dispersed soul of spanish army and especially of its hard core (the africanist) a closed fist morally ready for the attack. In fact, when the civil war began, the africanist generals came to believe thatthey had the capacity to interpret the national will and transferred the values of the colonial Army to the rebel army as a whole.

Keywords: brotherhood, hierarchy, nation, africanist, fascism.

En un famoso folleto escrito en 1914 titulado “Qué es el nacionalismo y qué quieren los nacionalistas”, el más importante teórico de la doctrina nacionalista, el jurista Alfredo Rocco, no solo definía la nación como el conjunto de los individuos que viven en el mismo territorio gracias a la coincidencia de los orígenes, de la lengua y de las tradiciones, sino también describía cómo debía desarrollarse en la visión nacionalista la correcta relación entre los ciudadanos y la comunidad de pertenencia:

La Nación es un organismo que tiene vida continua. La Nación no es la suma de los individuos actualmente vivientes: pues la nación no es el pueblo. La nación incluye no solo la generación presente, sino también las pasadas y todas aquellas que se sucederán a lo largo de los siglos. Los individuos concluyen su ciclo vital mientras las naciones duran siglos y milenios. Por lo tanto, el individuo es un elemento pasajero e infinitesimal de la nación. No hay que considerar, pues, a la nación como medio para obtener el bienestar individual, sino, *más bien*, el individuo como instrumento de los fines nacionales. No hay que sacrificar nunca la nación a las personalidades individuales, sino, cuando ocurre, el individuo a la nación. Es cierto que es interés de la nación que los ciudadanos pertenecientes a ella vivan en buenas condiciones materiales y morales; pero solo porque es interés de todo organismo que sus órganos vivan fisiológicamente¹.

En la concepción del jurista, el nacionalismo estribaba en la prioridad absoluta de la prosperidad, de la potencia y del porvenir de la nación italiana; todas las otras cuestiones estaban subordinadas a estos objetivos; quien no participaba en este esfuerzo era un cobarde y quien criticaba era un traidor. En 1914, para los intervencionistas, cada ciudadano tenía que sentirse un soldado, partícipe de una misma indiscutible disciplina. De manera llamativa estas ideas conllevaron la extensión de la lógica militar a la vida civil. Las varias almas del movimiento intervencionista empezaron a organizarse inmediatamente después de la declaración de neutralidad de Italia en agosto de 1914. Aunque en los últimos decenios del siglo XIX el país había experimentado un notable crecimiento económico (entre 1896 y 1914 Italia tuvo una media de crecimiento económico anual del 6,7 %), estos resultados fueron obtenidos a precio de la perpetuación del transformismo parlamentario y de los tradicionales métodos caciquiles. El estadista piamontés Giovanni Giolitti fue acusado de gobernar solo para satisfacer su sed de poder, de sobornar a los diputados repartiendo compensaciones materiales o sillones, y finalmente de no activarse para resolver las cuestiones más urgentes, es decir, la creación de la unidad moral del país y la construcción de una conciencia nacional. En este sentido, el escritor y filósofo Francesco de Sanctis, ya en 1880, había achacado la causa de la inmoralidad italiana al

¹ VENTRONE, Angelo: *La seduzione totalitaria*, Roma, Donzelli, 2003, pp. 26-27. Véase también ROCCO, Alfredo: *Scritti e discorsi politici*, Milán, Giuffrè, 1938.

hombre descrito por Francesco Guicciardini, esto es “Al italiano de los siglos oscuros de la dominación extranjera de la península, que vivía y operaba con hipocresía y doblez solamente para cultivar il suo particolare y al beneficio personal había sacrificado la patria, la religión y la libertad”². También según el filósofo y socialista revolucionario Arturo Labriola, Italia, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, parecía “Una nación mezquina, inconcluyente y resignada, monárquica, incierta entre la sacristía y el laicismo, pusilánime de novedades”³. En presencia de un régimen parlamentario corrupto y de un escepticismo imperante, los intelectuales italianos cercanos a las posiciones futuristas, nacionalistas y sindicalistas revolucionarias expresaron cada día con más vigor la voluntad de redimir una Italia *castrada y desangrada* y de despertar a los durmientes⁴. Ahora bien, la edad de los nacionalismos había potentemente relanzado la ética de la guerra, es decir, la convicción de que a la experiencia bélica fuera encomendada la tarea de rejuvenecer y regenerar una civilización en plena decadencia que, a menudo, los intelectuales de las corrientes irracionistas comparaban con la época de la caída del Imperio romano⁵. Los partidarios de la intervención consideraban entonces que la guerra podría ser la herramienta más eficaz para elevar la moralidad del pueblo, enseñarle la capacidad de sacrificarse y obligarlo a renunciar a todo egoísmo personal. Más detenidamente, los intervencionistas pensaban que el conflicto sería el instrumento más adecuado para unir al país en un ímpetu renovador, recuperar el retraso acumulado y propiciar la llegada al poder de una nueva y valiente clase dirigente. Según Massimo Rocca, anárquico disidente y futuro fundador de los *fascios revolucionarios*:

Las estirpes y las poblaciones que se habían quedado durante mucho tiempo aisladas, sin revoluciones y sin guerras, degeneraron a niveles ínfimos como algunas tribus de Sudáfrica. Solo en la lucha y no en la concordia se hallan el progreso y la vida, porque solo así pueden sobresalir los mejores, los dominadores, capaces de imponerse y de arrastrar a los otros miembros de la comunidad a una convulsión destinada a renovar el mundo. Se puede decir que las guerras cumplen para los pueblos la misma función que la revolución para las clases sociales⁶.

² GENTILE, Emilio: *La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*, Roma, Laterza, 2006, pp. 39-40. DE SANCTIS, Francesco: *I partiti e l'educazione della Nuova Italia*, a cargo de N. Cortese, Turín, Einaudi, 2008.

³ LABRIOLA, Arturo: *Spiegazioni a me stesso. Note personali e culturali*, Napoli, Centro studi sociali problemi dopoguerra, 1945, p. 61.

⁴ Véase ORIANI, Alfredo: *La rivolta ideale*, a cargo de O. Lorenzo, Milán, Aragno, 2015.

⁵ SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente*, Barcelona, Espasa libros, 2011.

⁶ ROCCA, Massimo: *L'anarchismo contro l'anarchia. Studio critico documentario*, Pistoia, Il Rinascimento, 1914, pp. 446-447. Véase también, Busetto, Andrea: *È l'ora. Bisogna compiere l'unità nazionale*, Venecia, Libreria editrice L'Avanguardia Nazionale, 1914.

En diciembre de 1914, con la finalidad de protestar contra la neutralidad de Italia, Mussolini en el *Popolo d'Italia* afirmó:

Hay que decidirse: o la guerra, o si no tenemos que acabar con la comedia de la gran potencia. Volquémonos en casas de juegos, hoteles, burdeles y engordamos. Es posible que un pueblo tenga este ideal, pero engordar es el ideal de la zoología inferior⁷.

La oposición a las corrientes neutralistas (compuestas por los católicos democráticos, los liberales *giolittianos* y la gran mayoría del partido socialista) estaba constituida por los liberales conservadores de Salandra y Sonnino, los socialistas reformistas de Bissolati, los sindicalistas revolucionarios, los futuristas, los demócratas irredentos, los republicanos y la Asociación Nacionalista, formación inicialmente favorable a la alianza con los Imperios centrales. Este último era un grupo conservador, monárquico e imperialista situado en la extrema derecha del espectro político. Según Enrico Corradini, su principal exponente, el contraste fundamental no era más aquello entre las diferentes clases de un mismo país, sino entre países ricos y pobres, naciones capitalistas y naciones proletarias⁸. Los sindicalistas revolucionarios y su líder, Angelo Oliviero Olivetti, se habían convertido del antimilitarismo al intervencionismo gracias a las teorías del pensador francés George Sorel⁹. En la visión de los sindicalistas, la guerra servía para abatir la monarquía, sustituir a la burguesía liberal en el poder y provocar la superación del sistema capitalista con la definitiva conciliación de las inclinaciones individuales con los intereses colectivos. Los sindicalistas auspiciaban un aprendizaje de masa al heroísmo y al sacrificio, y exaltaban el papel de las minorías conscientes¹⁰.

El amor por el gesto perturbador y desconcertante y la ruptura de los puentes con el pasado eran los dogmas futuristas. Los futuristas odiaban del mismo modo el socialismo patriótico e internacionalista, definido como “filosofía del vientre”, y el conservadurismo clerical. El futurismo glorificaba las virtudes de la juventud rebelde y violenta, el coraje y el amor para la aventura, despreciaba las doctrinas y ensalzaba la improvisación. Sobre todo, los futuristas negaban los privilegios del dinero y no reconocían algún derecho al mando que no fuera la calidad del genio¹¹. Sin embargo, en la heterogénea galaxia intervencionista, las ideas de los

⁷ MUSSOLINI, Benito: *L'Italia nel gennaio del 1915*, in *Scritti e discorsi di Benito Mussolini, dall'intervento al fascismo*, Milano, Hoepli, 1934, p. 33.

⁸ Sobre CORRADINI, véase GAETA, Franco: *Il nazionalismo italiano*, Roma, Laterza, 1981.

⁹ SOREL, Georges: *Scritti politici, riflessioni sulla violenza*, a cargo de R. Vivarelli, Roma, UTET, 2017.

¹⁰ GENTILE, Emilio: *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, Roma, Laterza, 1975.

¹¹ MARINETTI, Filippo. Tommaso: *Primo manifesto politico*, Florencia, Salimbeni, 1980. Véase también SETTIMELLI, Emilio: «Cancellare la gloria romana con una gloria italiana più grande», *Roma Futurista* (13-X-1918).

demócratas y de los republicanos se colocaban en una vertiente muy lejana con respecto a las de los grupos de la derecha nacionalista o liberal. De hecho, los radicales, los socialistas reformistas y los republicanos agitaban argumentos ausentes en los sectores conservadores; sus objetivos eran la lucha contra el imperialismo y el militarismo de Alemania y Austria-Hungría, y el apoyo a la causa de las nacionalidades oprimidas y de la misma democracia. Además, eran admiradores del presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson. De hecho, el socialista e irredento de Trento Cesare Battisti consideraba la *Gran Guerra* como una *cuarta guerra de independencia*, necesaria para completar el *Risorgimento* y consolidar la unidad nacional. En 1914, el socialista democrático Gaetano Salvemini y los exponentes de la revista *La Voce*¹² hablaban de patriotismo humanitario derivado de la tradición del *Risorgimento* y lo contraponían al nacionalismo autoritario de la Asociación Nacionalista. No obstante, con el paso del tiempo, el recuerdo de los sacrificios cumplidos y de los muertos, la exaltación por la victoria final y la perspectiva de convertir Italia en una importante potencia europea, transformaría muchos partidarios de la autodeterminación de los pueblos en intransigentes propugnadores del derecho a la posesión italiana de la costa adriática.

Durante el conflicto, las fundamentales distinciones antes citadas fueron puestas de lado por la intención de todos los sectores del intervencionismo de afrontar sin divisiones internas la terrible prueba de la guerra. Por lo tanto, durante el período bélico, hubo una ósmosis entre derecha, centro e izquierda intervencionista que se llevó a cabo reivindicando no solo la total compatibilidad, sino también la íntima conexión entre las palabras revolución y nación¹³. De hecho, en 1914, los demócratas se asociaron a una gran parte de las parafernalias ideológicas de las derechas: el mito de la misión civilizadora, la necesidad de la solidaridad nacional y el afán hacia la unión total de los italianos. En el interior del partido republicano, por ejemplo, empezaron a surgir opiniones según las que era necesario sentirse italianos antes que republicanos y colaborar con la monarquía porque “La patria pertenecía a todos, fueran esos monárquicos, republicanos, socialistas, negros o rojos, y los beneficios de la victoria alcanzarían a todos, proletarios e industrial¹⁴”. La prueba general del acercamiento entre las temáticas sindicalistas y las nacionalistas tuvo lugar en 1911, durante la guerra de Libia, gracias a la colaboración de exponentes de las dos corrientes en la revista *La Lupa*. En opinión de Angelo Oliviero Olivetti, a pesar de las profundas diferencias:

La sindicalista-revolucionaria y la nacionalista eran ambas doctrinas de energía y de voluntad, que albergaban el mismo odio por todas las formas

¹² PREZZOLINI, Giuseppe: «Come faremo “La Voce”», *La Voce* (7-XI-1912).

¹³ Véase GIBELLI, Antonio: *La Grande Guerra degli italiani 1915-1918*, Milán, Sansoni, 1998.

¹⁴ SERVANZI, Luigi: «La Conquista di Tripoli e il partito repubblicano», *Lucifero* (30-IX-1911), p. 4. y PREMUTI, Costanzo: *Come Roma preparò la guerra*, Roma, Tipografía Italiana, 1923, pp. 245-247.

blandas y flojas de burguesía y de democracia; eran movimientos antidemocráticos, anti-pacifistas y aristocráticos que querían hacer revivir el culto del heroico en una sociedad hedonista y materialista¹⁵.

En los últimos meses de 1914, nacieron comités, asociaciones, agrupaciones de ciudadanos y de protagonistas del intervencionismo para forzar la entrada en guerra de Italia y presionar el Parlamento en su mayoría neutralista. El 5 de octubre de 1914, surgió el Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista compuesto por varias facciones de los partidos de la extrema izquierda intervencionista. Mussolini entró en esta formación solamente en enero de 1915, pero, en 1922, se atribuyó el mérito de su constitución, declarando: “Creé los fascios, un grupo de jóvenes que actuaban para favorecer la entrada en guerra; yo era el jefe¹⁶”. A partir de entonces, los prefectos definieron como fascistas a los afiliados de este grupo, y el mismo Mussolini denominó fascistas a algunos compañeros que morirían en las trincheras. Contemporáneamente, los intervencionistas comenzaron a agitar el mito de las dos Italias¹⁷. Según ellos, la primera Italia se identificaba con los productores y con el Ejército y se fundaba sobre la ética de la regeneración nacional y el mito de la primacía de la *italianidad*. El segundo modelo se basaba en el parasitismo y en los privilegios expresados por el Parlamento¹⁸.

En las manifestaciones a favor de la guerra los miembros de los comités intervencionistas utilizaron la violencia verbal y política, anticipando los métodos con los que los fascistas actuarían a partir de 1919. De hecho, en mayo 1915, fueron agredidos los diputados filo-giolittianos, fue asaltada la Cámara de los Diputados, fueron escrachadas las casas de los líderes neutralistas más representativos y, en Roma y Milán, fueron destrozadas algunas de las Cámaras del Trabajo controladas por los socialistas. En la propaganda de los intervencionistas más extremistas, el partido socialista oficial (PSU) fue llamado *Pus*, representado así como un peligroso vehículo de infección en detrimento de todo el cuerpo social¹⁹. Después de la entrada en guerra de Italia (propiciada por la actitud belicista del rey y del presidente de Gobierno Salandra), varias asociaciones pro-guerra animaron a los italianos a unirse ordenadamente en una única voluntad para respaldar el esfuerzo bélico. Por ejemplo, Giovanni Calò,

¹⁵ OLIVETTI, Angelo Oliviero: “Sindacalismo e nazionalismo”, *Pagine Libere*, n. 2 (15 de febrero de 1911), p. 7.

¹⁶ MUSSOLINI, Benito: *La mia vita*, Milano, Rizzoli, 1999, p. 53.

¹⁷ PREZZOLINI, Giuseppe: «Le due Italie», *Il Regno* (22-III-1904). GENTILE, Emilio: *Il mito dello Stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*, Roma, Laterza, 1982.

¹⁸ MUSSOLINI, Benito: «La prima guerra d'Italia», *Il Popolo D'Italia*. Sobre el cambio de Mussolini del socialismo neutralista al intervencionismo, léase DE FELICE, RENZO: *Mussolini il rivoluzionario* (1883-1920). Turín, Einaudi, 2019.

¹⁹ BELARDELLI, Giulia y SABBATUCCI, Giovanni: *Miti e Storia dell'Italia unita*, Bologna, Il Mulino, 1999. Véase también “D'Annunzio parla alla folla”, en *Corriere della Sera* (14-V-1915).

miembro del grupo de los nacionales liberales, redactó un decálogo de deberes de los ciudadanos, agrupándolos en cuatro categorías: los deberes morales, civiles, económicos e higiénicos²⁰.

Por lo que concierne a los deberes morales, Calò recomendaba zanjar las polémicas y derrotismos varios, aceptando todas aquellas medidas que limitaban la libertad personal como un enfermo soportaría una operación quirúrgica. Los deberes civiles prescribían que todos tenían que trabajar gratuitamente en las Administraciones públicas y en las factorías para sustituir a los combatientes; cumplir con los deberes económicos significaba conservar la confianza en los bancos, no retirar los depósitos y comprar los bonos emitidos por el Estado. Finalmente, los deberes higiénicos invitaban a la población a evitar el uso de alcohol, eliminar las juergas nocturnas, y conducir una vida sexual lo más austera posible.

Es más, las ligas de acción antialemanas presentes en la península empezaron a proponer con insistencia la creación de campos de concentración para los alemanes y los austriacos residentes en Italia, el embargo de sus bienes y la constitución de una actividad de espionaje de masa paralela a la del Estado. De esa manera, algunas asociaciones de ciudadanos intentaban sustituir a la ley y a las autoridades estatales en la definición de lo justo y de las actividades lícitas e ilícitas. Mientras tanto, en el frente militar, la subordinación del individuo a la totalidad representada por la nación se reflejaba en los folletos de los voluntarios. El republicano Costanzo Premuti escribió, durante *Le radiose giornate di maggio 1915*, que la nación se había convertido en una divinidad, una entidad trascendente capaz de garantizar la beatitud o la damnación eterna²¹. Según Agostino Lanzillo, exponente sindical-revolucionario, mientras la clases trabajadoras habían renunciado a la revolución social, los intervencionistas, al contrario, estaban derramando su sangre para impulsar la revolución nacional²². Según Mussolini, un gran líder como Cesare Battisti no se había sacrificado ni en nombre del socialismo, ni del cristianismo, sino que se había inmolado por la patria:

No se explica de otra manera el hecho de que millones de hombres se hayan precipitado a combatir y a morir empujados por una fuerza superior que ha hecho callar todos los otros intereses, todos los otros amores, incluido el instinto primordial de la conservación. Es la idea de patria que ha conseguido sus mártires, su consagración de sangre, su precinto de gloria²³.

²⁰ CALÒ, Giovanni: *Doveri del cittadino in tempo di guerra*, Milán, Rava, 1915.

²¹ PREMUTI, C.: *Come Roma, preparò la guerra...*, p. 335. NENNI, Pietro: «L'ora storica. Agli italiani», *Lucifero* (6-IX-1914).

²² LANZILLO, Agostino: *La disfatta del socialismo. Critica della guerra e del socialismo*. Florencia, Libreria della Voce, 1918, pp. 136-141.

²³ MUSSOLINI, Benito: «Battisti», *Il Popolo d'Italia* (12-VI-1917), p. 1.

También para un hombre equilibrado como Leonida Bissolati (voluntario de guerra a los 58 años), la vida militar suscitaba alegría, entusiasmo y una gran emoción²⁴. La sensación de fusión y de comunión de almas con los soldados y las victorias contra los austriacos le daba la sensación de haber rejuvenecido 30 años. A guerra concluida, solía decir que mirándose en el espejo tenía la impresión de asemejar a Faust. Incluso un escritor-soldado de ideas democráticas como Renato Serra alababa la camaradería y el sentimiento de compacidad presente en su batallón militar:

Allá abajo, en la ciudad, quizás se habla todavía de partidos, de tendencias opuestas, de gente que no estaría de acuerdo; de gente que tendría miedo, que vendría de mala gana. Podría haber también algo de verdadero, hasta que una persona se quedara entre aquellas carreteras, entre aquellas casas. Pero yo vivo en otro lugar. En aquella Italia que me parecía sorda y vacía cuando la miraba desde lejos; pero ahora tengo la percepción que puede estar llena de hombres como yo, apretados por la misma ansiedad y encaaminados hacia un idéntico recorrido, capaz de apoyarnos el uno con el otro, de vivir y de morir juntos, aún sin saber por qué²⁵.

Sin embargo, había también la otra cara de la moneda. Como ha evidenciado Enzo Traverso, la *Grande Guerra* había acelerado en la organización militar la difusión del modelo de producción de Ford y Taylor, mediante la monotonía de gestos repetidos, la total pérdida de autonomía y de posibilidad de autodirección de las operaciones y la ambientación sonora ensordecedora que impedía la comunicación²⁶. Por lo tanto, el soldado sin calidad parecía la traducción bélica del obrero de la cadena de montaje. Pero los intervencionistas creían que la guerra debía ser sobre todo *garibaldinismo*, ímpetu y llama latina²⁷ y, por eso, se habían incorporado en las unidades de los *Bersaglieri*, de los *Arditi*²⁸ y de los *Alpinos*²⁹. Los memoriales de guerra destacaban, muy a menudo, el intenso vínculo afectivo que unía los soldados a los oficiales que compartían con ellos los riesgos de la línea del fuego. A este respecto, el oficial de los *Alpinos* Piero Jahier redactó este comentario en los diarios de guerra:

Lo escribiré porque nunca he estado así de feliz. Y es la primera vez que estoy feliz. Estoy tranquilo y feliz. Cómo me quieren: me miman como un rey, exactamente como un rey. Es un peso tremendo este amor. Cada uno de

²⁴ BISSOLATI, Leonida: *Diario di guerra*, Turín, Einaudi, 1935.

²⁵ SERRA, Renato: *Esame di coscienza di un letterato*, Roma, Newton Compton, 1973, pp. 50-51.

²⁶ TRAVERSO, ENZO: *A ferro e fuoco: la guerra civile europea (1914-1945)*, Bologna, Il Mulino, 2007.

²⁷ FERRERO, Guglielmo: «Il genio latino», *Rivista delle Nazioni Latine* (1 de junio de 1916). PAPINI, Giovanni: «Amiamo la guerra», *Lacerba* (1-X-1914).

²⁸ GIULIANI, Reginaldo: *Gli Arditi*, Milán, Treves, 1934.

²⁹ LUSSU, Emilio: *Un anno sull'altipiano*, Turín, Einaudi, 1997.

ellos sacrificaría con gusto su vida por mí. Pero estoy tranquilo y contento porque yo haría lo mismo para ellos³⁰.

Sin embargo, este vínculo no era un sentimiento a la par; de hecho, los oficiales, en el imaginario del fascismo intervencionista, debían ser la élite³¹ dirigente que con amoroso paternalismo cuidarían a los soldados, los cuales necesitaban unos jefes que los acaudillasen, como ellos mismos, insistentemente, pedían³². Pero en el interior de los cuerpos especiales, como recordaba el capitán de los *Arditi* Ferruccio Vecchi³³, había un modelo de disciplina muy diferente respecto a la vigente en el Ejército tradicional. Los *Arditi*, por ejemplo, confiaban en sus jefes, no por su cargo, sino por el valor personal que demostraban, y, una vez que apreciaban a un oficial, lo seguían en cualquier hazaña. Además, lucían símbolos que reflejaban su exaltada psicología: estandartes negros, cráneos blancos con la navaja entre los dientes sobre un fondo negro. Los *Arditi* vivían la experiencia de la guerra con mayor riesgo personal, pero envueltos en un halo de nacionalismo romántico, de mística del heroísmo individual y de absoluto desprecio por las reglas convencionales de la disciplina militar. Finalmente, los *Arditi* se adherían a la concepción del antipartido de los combatientes y se consideraban los electos de la victoria y de la bella muerte. Ellos indicaban en el activismo, el nacionalismo y el juvenilismo los rasgos típicos de su mentalidad; y, más tarde, el fascismo los hizo suyos, utilizándolos como arma psicológica fuertemente sugestiva para atraer a los jóvenes³⁴. El acercamiento entre estos hombres, que tenían en principio culturas diferentes y que encontraron un terreno común de expresión en el deseo de una movilización total de la población civil y de una disciplina militar extendida al frente interior, empezaba a prefigurar esa Italia que, en palabras de Mussolini “En lugar de presentar el aspecto normal de los viejos tiempos, ofrecería finalmente la apariencia de un arsenal donde cada uno y todos trabajaban, según sus propias actitudes y capacidad, para lograr un objetivo común³⁵”. Consecuentemente, en estos años de guerra, comenzó a delinarse la cultura de la *hermandad jerárquica*, la cual encontraría su consagración definitiva con el fascismo, es decir, la unidad moral y la cohesión nacional refrendada por la capacidad de conjugar justicia social, disciplina, camaradería y fe en la élite destinada a guiarla. El sindicalista

³⁰ ISNENGI, Mario: *Il mito della Grande Guerra*, Bologna, Il Mulino, 2007, p.189.

³¹ Sobre la teoría de las élites, véase MOSCA, Gaetano: *La classe politica*, en *Elementi di scienza politica*, a cargo de N. Bobbio, Norberto Bari, Laterza; PARETO, Vilfredo: *Trasformazione della democrazia*, Roma, LIT Edizioni, 2016, y MICHELS, Robert: *La sociologia del partito politico*, a cargo de J. Linz, Bologna, Il Mulino, 1966.

³² Sobre este aspecto véase PASSERINI, Luisa: *Mussolini immaginario*, Roma, Laterza, 1991.

³³ Véase VECCHI, Ferruccio: *Arditismo civile*, Milán, Libreria Editrice de L'Ardito, 1920.

³⁴ Cordova, Ferdinando: *Arditi e legionari dannunziani*, Roma, Manifesto libri, 2008.

³⁵ MUSSOLINI, B.: «Disciplina di guerra», *Il Popolo d'Italia* (9-XI-1917), p. 3.

y futuro dirigente fascista Sergio Panunzio comentó satisfecho que, en ese momento, “Todos los italianos se habían convertido en instrumentos animados de aquella sinfonía, verdaderamente beethoveniana, que era la vida nacional”³⁶. Según este modelo, que correspondía a la comunidad de trinchera, todos eran hermanos, pero en el interior de una estructura jerárquica³⁷. Pues el fascismo abogaba por una concepción geométrica de los derechos, donde quien se demostrara más fuerte y más audaz gozaría de derechos más completos que los débiles y los subordinados³⁸. Estos últimos, no sobrepasarían sus roles, pero se beneficiarían del bienestar social que el Estado liberal les reconocía en teoría, pero les negaba en la práctica. Como hemos analizado, la extraordinaria abundancia de experiencias e iniciativas florecidas en el curso de la Primera Guerra Mundial, no solo había permitido imaginar la construcción de un sistema que anunciaba algunos caracteres típicos de los futuros regímenes totalitarios, sino que había constituido también una riquísima reserva de la que el régimen se aprovecharía para convertir en permanente y definitiva la unidad sagrada de la nación conseguida con la resistencia del río Piave y el triunfo de Vittorio Veneto.

La forja de los africanistas

Hasta la última década del siglo XX no encontramos en la historiografía española estudios específicos relacionados con los aspectos socioculturales de la importante familia castrense que se forjó en las guerras norteafricanas del periodo 1909-1927 y conocida como la de los africanistas. La primera obra que desarrolla un tratamiento explícito del africanismo es la monografía del militar Andrés Mas Chao *La formación de la conciencia africanista en el ejército español*³⁹. Mas Chao identifica a todos los que sirvieron en las colonias musulmanas españolas como africanistas y los ensalza por su valentía y su entrega constante al servicio frente a los militares burócratas de la península. En realidad, el panorama del Ejército español en África es bastante más complejo incluso para un área homogénea como el protectorado del norte de Marruecos. De hecho, muchos de los militares que sirvieron en la unidad de retaguardia o fueron destinados a plazas seguras como Ceuta, Larache y Tetuán trataron de reproducir los comportamientos burocráticos de la metrópoli, huyendo de las tareas más peligrosas. Hubo que esperar hasta la

³⁶ PANUNZIO, Sergio: *Che cos'è il fascismo*, Milán, Alpes, 1924.

³⁷ PELLIZZI, Camilo: *Problemi e realtà del fascismo*, Florencia, Vallecchi, 1924 y *Fascismo y aristocrazia*, Milán, Alpes, 1925.

³⁸ A este respecto véase JAMES GREGOR, Anthony: *L'ideologia del fascismo, il fondamento razionale del totalitarismo*, Milán, Biblioteca del Covo, 2013.

³⁹ MAS CHAO, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el Ejército Español (1909-1926)*, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988.

publicación de la obra de Sebastian Balfour *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*⁴⁰ (2002) para encontrar una monografía científica que se ocupa del africanismo. Sin embargo, el historiador británico fija su atención en Marruecos para enriquecer la explicación de la guerra civil. Esta actitud presenta el inconveniente de que se exportan determinados rasgos de los años treinta a las previas guerras norteafricanas. A continuación, de cara al presente artículo, destacan las obras publicadas por María Rosa Madariaga, entre las cuales sobresale un libro editado en 2005 con el título *En el Barranco del Lobo*⁴¹. En esta monografía, la autora compone un marco claro y completo de las guerras de Marruecos en sus vertientes políticas, sociales y militares. Sin embargo, Madariaga no ha analizado en profundidad la cuestión de la creación de la Legión y su incidencia en el panorama de la guerra. En los últimos años, una importante contribución sobre los africanistas, sus elementos culturales de pertenencia, y su percepción de la realidad circunstante ha sido realizada por Daniel Macías Fernández en su libro *Franco nació en África: los africanistas y las campañas de Marruecos*⁴². Según Macías Fernández, el imaginario africanista se forjó en un proceso complejo que no se puede entender sin tener en cuenta el contexto histórico nacional e internacional. Las circunstancias domésticas y el magma intelectual e ideológico occidental son marcos referenciales de obligada observación para el encuadramiento de un fenómeno análogo al de otros países del entorno español.

En las primeras décadas del siglo XX, el Ejército español era una institución bastante diferente de las fuerzas armadas de los otros países europeos. Los militares se consideraban parte integrante de una élite, hasta el punto de que formaban un grupo familiar cerrado. Muchos de ellos mostraban un claro sentimiento de superioridad hacia los civiles aposentados y un menosprecio profundo para las clases populares y los partidos de izquierda⁴³. Los africanistas abogaban por un fuerte nacionalismo españolista, un poder ejecutivo fuerte, el afán por el orden interior y una política exterior agresiva e imperialista⁴⁴. El hecho de que

⁴⁰ BALFOUR, Sebastián: *Abrazo mortal: De La guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002. Véase también PANDO DESPIERTO, Juan: *El desastre de Annual*, Madrid, Altaya, 2008 y PENNELL, CHARLES R.: *La guerra del Rif: Abd-el-Krim el Jattabi y su Estado rifeño*, Melilla, UNED, 2001.

⁴¹ MADARIAGA, María Rosa: *En el Barranco del Lobo: Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza Editorial, 2019 y *Los moros que trajo Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

⁴² MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco "nació en África": Los africanistas y las campañas de Marruecos*, Madrid, Editorial Tecnos, 2019 y GÓMEZ OCHOA, Fidel y MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *El combatiente a lo largo de la historia. Imaginario, percepción, representación*, Santander, Unican, 2012.

⁴³ Véanse CARDONA, Gabriel: *El problema militar en España*, Madrid, Biblioteca Historia, 1990 e *Historia del ejército: el peso de un grupo social diferente*, Barcelona, Marcial Pons, 1983.

⁴⁴ Véanse GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Historias de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca, Nueva, 2000 y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: «La cultura de guerra

el Ejército gozara de amplios privilegios lo demuestra el hecho de que en 1906 se aprobara la Ley de Jurisdicciones que otorgaba a los tribunales militares la potestad de juzgar los delitos contra los militares y contra la patria. Dentro del Ejército, el colectivo africanista mantenía unas características peculiares. El núcleo duro de los africanistas estaba constituido por los militares destinados a las intervenciones y a las fuerzas de choque. A lo largo de la experiencia colonial, el sentimiento de identidad compartida entre los mandos y los oficiales desbordó la propia unidad para abarcar todos los cuerpos coloniales norteafricanos. Una de las características básicas de los africanistas era su obsesión imperial, derivada de la impronta ideológica del desastre de 1898⁴⁵. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas supuso un verdadero trauma para los intelectuales y la sociedad española, y afectó aún más gravemente al Ejército. De hecho, muchos africanistas habían nacido en las colonias perdidas y los más veteranos habían participado en otras campañas coloniales⁴⁶. La mayoría de los militares se sintieron traicionados por numerosos sectores de la sociedad metropolitana que los había abandonado a su suerte. También, percibieron que habían jugado el papel de cabezas de turco en toda una representación teatral en la que la opinión pública, los políticos y los enemigos de la patria se habían señalado como adversarios del estamento castrense⁴⁷. Según Macías Fernández, esta perspectiva propició en los mandos castrenses el desarrollo de una mentalidad de cerco, en la que todo lo que les rodeaba era antipatriótico; “Ante esa situación, los militares se vieron a sí mismos como los cirujanos de hierro a los que se referían algunos intelectuales regeneracionistas”⁴⁸. En 1907, el general Fanjul afirmó “Que España había perdido la guerra y con ella sus posesiones, nada más que por falta de españoles⁴⁹”. A partir de entonces, Marruecos constituyó la única posibilidad que le quedaba a España de desempeñar un papel de protagonista en el concierto internacional. Para los militares africanistas, la empresa norteafricana era la única vía para superar la vergüenza de la pérdida de Cuba. La mayoría de los africanistas estaban interesados en la guerra colonial porque creaba una nueva escuela de combate, facilitaba la disponibilidad de un mayor sueldo y proporcionaba la posibilidad de ascender rápidamente en los escalafones del Ejército. A este respecto, según

como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

⁴⁵ NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: *El Ejército español en el Desastre de 1898*, Madrid, Arco, 1997.

⁴⁶ ALONSO, José Ramón: *Historia política del ejército español*, Editora Nacional, Madrid, 1974.

⁴⁷ MOLA VIDAL, Emilio: *Obras completas*, Santander, Aldus, 1940.

⁴⁸ MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel: *Franco nació en África...*, pp. 102-131. Véase también SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El regeneracionismo en España*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007.

⁴⁹ NERÍN, Gustau: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 71. FANJUL, Joaquín: *La función social del Ejército*, . Editorial Eduardo Arias, Madrid, 1907

Alfonso Iglesias Amorín, solo entre 1909 y 1913 se concedieron 132 925 condecoraciones y 1587 ascensos por méritos de guerra⁵⁰. Además, era llamativo el hecho de que, en 1921, el Ejército español contaba con solo 111 435 hombres, frente a los 374 000 del Ejército británico. Pero España disponía de 419 coroneles y 60 generales de división⁵¹. En Italia y Alemania había un oficial para cada veinte soldados; en España, uno para cada cuatro. Sin embargo, los fracasos del Ejército español en 1909 y 1911 pusieron en peligro el difícil equilibrio de la Restauración. De hecho, las protestas contra la leva y contra la guerra, considerada solo una oportunidad de ganancia para los militares y los contratistas, desembocaron en la Semana Trágica de Barcelona, que tuvo lugar del 26 de julio al 2 de agosto de 1909. Los trabajadores y sus familias aborrecían el sistema de la quinta, gracias a la cual las familias de las capas medio-altas podían eludir mediante el pago de una cuota de 1200 pesetas el reclutamiento obligatorio, mientras ellos estaban obligados a cumplir con un servicio militar de tres años⁵². Entonces, en 1912 el gobierno dirigido por Canalejas se vio obligado a reformar las fuerzas del protectorado, creando nuevos cuerpos integrados por soldados profesionales europeos y marroquíes dirigidos por militares especializados en la lucha colonial.

Cuando la Primera Guerra Mundial tocaba a su fin, el Ejército español retomaba su ofensiva en Marruecos. Ante el fracaso de las unidades metropolitanas, se planteó la posibilidad de crear un cuerpo integrado exclusivamente por profesionales, pues el gobierno decidió tomar como modelo de la nueva unidad la célebre Legión Extranjera Francesa. En 1920, Millán Astray fundó el *Tercio de Extranjeros*⁵³. El nombre que se adoptó inicialmente era el de la unidad de infantería y pieza militar maestra del sistema español del siglo XVI, los *tercios*, tan famosos en la historia militar como las falanges macedonias o las legiones romanas. En opinión de Luis Togores, en la creación de la Legión, el fundador se basó en tres claros ejemplos: los viejos tercios españoles de infantería de Flandes, los samuráis japoneses y, finalmente, la *Legión extranjera francesa*. De la mezcla de

⁵⁰ IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: «La cultura africanista en el Ejército español», *Revista de Historia Contemporánea*, 15 (2016), pp. 99-122.

⁵¹ Datos y estadísticas en NERÍN, Gustau: *La guerra que vino de África...*, pp. 100-120. Véase también BUSQUETS, Julio: *El militar de carrera en España. Estudio de sociología militar*, Barcelona, Ariel, 1967 y BUSQUETS, Julio y LOSADA, Juan Carlos: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.

⁵² PAYNE, Stanley G.: *Ejército y sociedad en la España liberal, 1808-1936*, Madrid, Akal, 1977.

⁵³ Véase, FRANCO, Francisco: *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1986, pp. 193-194; KINDELÁN, Alfredo: *Ejército y política*, Madrid, Aguilar, 1947, y también ALONSO BAQUER, Miguel: «La selección de la élite militar española», en M. Hernández Sánchez-Barba y M. Alonso Baquer, *Historia social de las Fuerzas Armadas españolas. La Restauración*, Madrid, Alhambra, 1986.

estos tres modelos de soldado de sociedades militares surgiría el legionario español. A este respecto, para Tógores:

Millán Astray, hijo de su tiempo y soldado profesional por encima de todo, sintetiza en el recién nacido Tercio de Extranjeros los valores del soldado al servicio de los Austrias, tan bien retratados en algunas obras cervantinas, la concepción de la vida del pre-fascismo futurista, el sentido de honor y la actitud ante la muerte del Bushido japonés y la eficacia en la guerra moderna del legionario francés. *No es casualidad que Millán Astray copiase en todo lo posible a los viejos Tercios Españoles. Los tercios salvaron Viena y Malta de los turcos, derrotándolos irremisiblemente en Lepanto. En Nördlingen acabaron con el legendario ejército sueco. Entraron al asalto por la brecha de Budapest y navegaron en la Invencible para dominar Inglaterra [...]* Si la tropa española en Flandres estaba orgullosa de servir como servían a su Rey, no lo estarán menos los legionarios de Dar Riffien. Allí donde se ve un miembro de los Tercios, viejos o nuevos, se encuentra un soldado profesional orgulloso de su trabajo [...] El motor espiritual que movía a los soldados en Pavía o en Rocroi iba a moverlos en Annual o ante las murallas de Badajoz. En revivir este espíritu radica en buena medida el éxito de Millán Astray⁵⁴.

Este nuevo cuerpo se llamaba así a pesar de estar abierto a la recluta de españoles. Según José Luis Jiménez, entre 1920 y 1930, se alistaron en la Legión 4303 voluntarios extranjeros, de los cuales 1085 procedían de Portugal, 912 de Alemania y 546 de Cuba. De hecho, una vez terminada la guerra mundial, soldados desmovilizados, muchos de ellos sin empleo y con dificultades para reincorporarse a la sociedad civil, echaron de menos la camaradería de los campos de batalla y se agregaron a la Legión. Sin embargo, si consideramos que entre 1920 y 1926 la Legión participó en 899 hechos de armas y sufrió, entre muertos, heridos y mutilados, 8096 bajas, que equivalían al 38 % de las tropas⁵⁵, podemos percatarnos que la gran mayoría de los voluntarios eran españoles. No obstante la reciente creación de la Legión, España padeció en Annual⁵⁶ una de las derrotas más humillantes de su historia, el equivalente del desastre que había involucrado al Ejército italiano en Adua, en 1896. Con frecuencia, los militares españoles protestaban por la penuria de los abastecimientos y criticaban la falta de aviones, automóviles y cartuchos. Ese era un argumento cínico si tenemos en cuenta que lo que realmente decidió la guerra del Rif fue la superioridad numérica, armamentística y logística de las tropas españolas y la colaboración con Francia en el

⁵⁴ TÓGORES, Luis: *Millán Astray, legionario*, Madrid, La esfera de los libros, 2011, pp. 167-170 e *Historia de la Legión española*, Madrid, La esfera de los libros, 2016.

⁵⁵ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *¡A mí la Legión! De Millán Astray a las misiones de paz*, Barcelona, Editorial Planeta, 2006, pp. 150-160. Véase también GARCÍA FIGUERAS, Tomás: *Recuerdos de la Campaña (del vivir del soldado)*, Jerez, Litografía jerezana, 1925.

⁵⁶ Véase LUIS MIGUEL, Francisco: *Morir en África: La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual*, Barcelona, Crítica, 2014, y YUSTE, Javier: *1921, El Rif*, Barcelona, Cascaborra, 1919.

desembarco de Alhucemas. A finales de 1924, los soldados presentes en las partes oriental y occidental del protectorado ascendían a 150 000 unidades; frente a este imponente Ejército, nunca jamás visto en tierras africanas, Abd-el-Krim contaba con unos 10 000 combatientes⁵⁷. Según Gustau Nerín:

Los rebeldes marroquíes jamás dispusieron de tantos hombres armados como los españoles. En el ataque a Annual probablemente no participaron más de tres mil luchadores rifeños, que causaron más de diez mil bajas al ejército español. Las tropas rifeñas estaban en inferioridad de condiciones a nivel armamentístico. Ruiz Albéniz confesaba que, en 1909, entre los colonizadores, la mayoría de los contusos fueron de palos. En 1921, muchos soldados españoles resultaron heridos por pedradas. Los rebeldes habían de reutilizar los cartuchos recargándolos a mano y hacían balas de plomo con una sartén. En Annual, los rifeños se apoderaron de muchos rifles, pero, a pesar de todo, siguieron escasos de bombas de mano; tuvieron que improvisarlas con latas de sardinas rellenas de dinamita. Debido a la carencia de explosivos, la guerrilla anticolonial realizaba sabotajes a pico y pala⁵⁸.

El 20 de enero de 1922, se habló de Annual en el Congreso. El diputado Ramón Solano, hijo de militares, hizo acusaciones gravísimas al Ejército subrayando que el juego de azar, la corrupción y la prostitución se habían extendido hasta el punto de hacer imposibles los deberes militares⁵⁹. Solano explicó que las razones de que todos los rifeños tuvieran un máuser, idéntico al de las tropas españolas, se debía a que había oficiales, que para mantener sus lujos y sus vicios en Melilla y Tetuán, hacían habitualmente contrabando de armas. Según el diputado del partido reformista había individuos que cobraban seiscientas pesetas, pero se gastaban 12 000 o 14 000 pesetas al mes en mujeres y juergas, mientras que los soldados indígenas se encontraban en un estado lamentable porque los capitanes se embolsaban las raciones. El caso más sonado de desfalco en aquellos años fue lo del famoso millón de Larache, detectado en diciembre de 1922. El truco consistía en que los parques de Intendencia entregaban a los cuerpos de tropa, a cambio de vales, mercancías compradas por gestión directa. Este mecanismo de compra se prestaba a combinaciones con los abastecedores, a los que se exigía recibos en blanco o a precios más altos. Por estos procedimientos, en el parque militar de Larache se obtenían corrientemente 300 000 pesetas de ahorros, que se repartían entre los oficiales y sus cómplices. Sin embargo, Solano, que había pasado un mes en Melilla después de la derrota, manifestó haber visto cómo algunos soldados del *Tercio* acercándose a un teniente le dijeron “Usted es Dios”. En esa circunstancia,

⁵⁷ Datos en MADARIAGA, María Rosa: *El barranco del Lobo...*, p. 342.

⁵⁸ NERÍN, Gustau: *La guerra que vino de África...*, pp. 67-69.

⁵⁹ LÓPEZ RIENDA, Rafael: *El escándalo del millón de Larache*, Madrid, Sáez Hermanos, 1922. Véanse también PRIETO, Indalecio: *Discursos parlamentarios sobre la guerra de Marruecos*, Málaga, Servicio de Educación, Diputación provincial de Málaga, 2003 y *Crónicas de guerra, Melilla 1921*, Málaga, UNED, 2001.

los legionarios exaltaron con aquellas palabras la acción de un oficial que había saltado las trincheras para recoger a un herido pese al hostigamiento del enemigo. Aunque los africanistas mantenían una relación tremendamente ambigua con la prensa y la culpaban del desastre de Anual, esta derrota histórica despertó por unos meses la adhesión casi unánime de los periodistas al Ejército. El enviado especial Eduardo Ortega y Gasset reconocía que “No había ido al Rif guiado por su deseo de informar, sino llevado por sus deberes de sincero amor a mi país”⁶⁰. La campaña de venganza fue impulsada vitoreando a los defensores de la patria. Así como había pasado en Italia después de Caporetto, por todas partes se organizaron recogidas de fondos para el Ejército de África. En numerosos pueblos se improvisaron funciones en homenaje a los soldados, centenares de mujeres se ofrecieron como madrinan de guerra de los legionarios, y en los espectáculos de variedades proliferaron los cuplés nacionalistas.

Pero el idilio entre prensa y Ejército se reveló efímero: a los pocos meses una multitud de periodistas exigía la depuración de responsabilidades. Para apoyar su propia causa, los africanistas se transformaron también en periodistas improvisados e intentaron construirse una reputación de hombres cultos⁶¹. Ahora bien, aunque encontramos evidentes excepciones, con oficiales doctos que hablaban idiomas y con una formación intelectual variada, en general, los altos mandos africanistas manifestaban un desinterés por la cultura e incluso un rechazo hacia la intelectualidad. Sin embargo, dos publicaciones se convirtieron en portavoces permanentes de las reivindicaciones de los militares coloniales; *El Telegrama del Rif*, fundado en Melilla el 1 de marzo de 1902 por el capitán de Artillería y periodista Cándido Lobera Girela y, sobre todo, *La Revista de tropas coloniales*, que inició las publicaciones en Ceuta en enero de 1924 bajo la dirección de Gonzalo Queipo de Llano y del entonces teniente coronel Francisco Franco⁶². En esas revistas, se reivindicaba la labor de España en Marruecos a través del Ejército, considerado como el pilar sobre el que se cimentaba la obra civilizadora y se imponía la calma y el orden en el territorio. La prensa africanista representaba también la casta militar como el brazo de la unidad nacional. La prensa amiga, entre las cuales podemos citar el *ABC*, *El Heraldo de Madrid* y *El Debate* trataba de desmontar las acusaciones contenidas por el *Expediente Picasso*. La puesta en marcha del *Expediente Picasso* fue la gota que colmó el vaso causando un

⁶⁰ ORTEGA Y GASSET, José: *Annual*, Madrid, El Viento, 2008, p. 121. Léase también GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO: *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, 1983.

⁶¹ Véase ATIENZA PEÑARROCHA, ANTONIO: *Africanistas y junteros: el ejército español en África y el oficial José Enrique Varela Iglesias*, Valencia, Universidad CEU Cardenal Herrera, 2012; BERENGUER, DÁMASO: *Campañas en el RIF y Yebala. 1921-1922*, Madrid, Editorial Voluntad, 1923, y GODET LLOPIS, MANUEL: *Marruecos, las etapas de la pacificación*, Madrid, CIAP, 1932.

⁶² Sobre la biografía de Franco como militar, PRESTON, PAUL: *Franco, “Caudillo de España”*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1994 y FONTENLA, SALVADOR: *Franco Caudillo militar, su historia en los campos de batalla*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2019.

divorcio entre los militares y los partidos políticos. Los africanistas rechazaban que el Parlamento discutiera los asuntos bélicos, argumentando que los debates en las Cortes agudizaban el rechazo popular a la colonización. Como en el caso de los intervencionistas italianos, los odios de los africanistas se concentraba en el Parlamento, según García Figueras “Feria de ambiciones y vanidades, verdadera meta de los politicastros de masas⁶³”. Pero ni siquiera el establecimiento de un directorio militar satisfizo plenamente a los africanistas. Las vacilaciones de Primo de Rivera en materia colonial desagradaban en extremo a los altos mandos coloniales. A este propósito, es famoso el incidente de Bien Tib, campamento de las tropas de legionarios y regulares en la región oriental, visitado por Primo De Rivera en julio de 1924. En aquella ocasión Franco, en calidad de jefe de la Legión, manifestó la necesidad de avanzar y el rechazo a retroceder, y declaró que la vanguardia del avance en la conquista les correspondía a ellos, los legionarios. Al parecer, la leyenda narra que el menú para la comida consistía en platos compuestos a base de huevos. De hecho, el mismo Franco en un artículo redactado en la revista *África* confirmaba: “Lo que tan brillantemente conquistan las armas, puede perderlo luego una mala política⁶⁴”. Otra característica de los militares coloniales era la vehemencia y la violencia verbal y física contra los enemigos (internos y externos). Por lo que concierne a los llamados *moros* se les dibujaba como crueles, bárbaros, salvajes y codiciosos a la vez. El capitán Bajo describía a los mercenarios marroquíes al servicio de España como apátridas, infieles y traicioneros⁶⁵. De acuerdo con este discurso, los colonizadores se presentaban como misioneros de la civilización muy al estilo de “la carga del hombre blanco” de Rudyard Kipling. A este respecto, el teniente coronel Múgica tenía una opinión clara: “Cuando hay un país que quiere proteger y otro que no quiere ser protegido, hay que imponer el respeto de la ley con la fuerza⁶⁶”. Además de la prensa no alineada y de los políticos, los militares coloniales despreciaban a los masones, a los judíos (acusados de vender armas a los rifeños), a los intelectuales, a los catalanistas y a los izquierdistas. Asimismo, estaban obsesionados por la existencia de un enemigo exterior empecinado en socavar los derechos históricos de España. De hecho, a lo largo de las sucesivas negociaciones, el débil Estado Español perdió posesiones en favor de las grandes potencias. En el mismo Marruecos, el protectorado hispano llegó a ser, con el tiempo, un simple residuo del protectorado galo⁶⁷. Diversamente de los nacionalistas italianos, que detestaban a

⁶³ LEGUINECHE, Manuel: *Annual 1921, El desastre de España en el Rif*, Madrid, Librería 7 soles, 1996, p. 101.

⁶⁴ FRANCO, Francisco: «Pasividad e inacción», *África*, 26 (abril de 1924), p. 3.

⁶⁵ BAYO, Alberto: *Dos años en Gomera*, Madrid, Cleto Vallinas, 1928, p. 16.

⁶⁶ MUGICA, Salvador: «Notas sobre Marruecos», en el *Memorial de infantería de enero de 1922*, Biblioteca Nacional de España, p. 49.

⁶⁷ Morales, Lezcano, Víctor: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos, 1898-1927*, Siglo XXI, Madrid, 1976 y *España y el Norte de África: El protectorado en Marruecos, 1912-1956*, Madrid, UNED, 1986.

Alemania, los africanistas simpatizaban por los Imperios centrales y concentraban sus iras sobre Francia por evidentes rivalidades históricas y coloniales. Entre los teóricos africanistas el recurso a la historia fue un hecho evidente e innegable. La historia fue la legitimadora del cimiento de una determinada cohesión grupal africanista. El general Goded Llopis afirmó que los derechos históricos de España en Marruecos arrancaron de las expediciones en tiempos de Alfonso X el Sabio en 1260 y continuaron con la campaña de 1859 dirigida por O'Donnell y Prim. Sin embargo, para los africanistas, el año 1492 fue el punto más importante de inflexión de la historia de la colonización española. De hecho, el testamento de Isabel la Católica que hacía referencia al interés de la reina en impulsar la constitución de un imperio católico-español en África fue instrumentalizado por el discurso africanista para argumentar el derecho de España a la participación en el reparto colonial internacional. Además, para justificar el derecho de conquista, los africanistas añadían a las consideraciones geopolíticas un componente puramente emotivo: lo de la sangre derramada por los soldados españoles que habían regado el territorio colonial. En el fondo, los africanistas creían que quienes tenían derecho a gobernar España eran exclusivamente los que arriesgaban la vida por ella; es decir, ellos mismos. Por ejemplo, Millán Astray⁶⁸ era adorado por los camaradas de armas porque había perdido un ojo y un brazo en el Rif. (José María Pemán lo definió como “El tronco medio consumido por amor a España”). Como en el caso de los *Arditi* italianos, *El credo legionario* establecía que morir en combate era el mayor honor. Este culto a la muerte provocaba una auténtica veneración a los caídos y degeneró en una apología del heroísmo inútil. Los actos intrépidos se convirtieron en una característica peculiar del *Tercio*: a veces un oficial tocaba el violín en pleno combate y en algunos casos se celebró la misa a cielo abierto durante un bombardeo. La pérdida en combate no se percibía como una tragedia, sino como un orgullo. El legionario ideal era aquel que se mantenía al margen de la sociedad. Se intentaba evitar que los legionarios fueran fieles a nada que no fuera el Tercio o la patria, que era definida como la amante ideal siempre fiel, la que no traiciona. A cambio de abandonar su mundo anterior, al neófito se le ofrecía una cultura legionaria basada en la camaradería y el sacrificio. En su libro *La Legión*, Millán Astray hablaba del espíritu de compañerismo que los oficiales tenían que demostrar a la tropa, especialmente después de cruentas batallas:

El primer acto después será *el de visitar a los heridos y a los enfermos e ir a orar en las tiendas de los muertos, si los hubo en el combate. Entonces, todo vuestro afecto, todo vuestro cariño ponadlo a contribución. Preguntad con afán y con interés a todos; acariciad como a niños a los graves. Y a los muy graves o a punto de expiar, sentaos a su lado y coged sus manos: ¡así seréis los dueños del corazón de vuestros soldados!*⁶⁹.

⁶⁸ MILLÁN ASTRAY, José: *La Legión*, Madrid, Editorial Palomeque, 1922.

⁶⁹ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis.: ¡A mí *la Legión!*..., p.122.

Franco mitificó esta fraternidad castrense en el *Diario de una Bandera*, al hablar de oficiales que “Se abrazaban con cariño de hermanos expresando la hermandad que habíamos de confirmar un día en combate⁷⁰”. Además, los oficiales imponían a sus hombres una mítica propia del cuerpo mediante distintas estrategias: la lectura diaria del *Credo legionario*, las arengas constantes, el culto a los símbolos colectivos y las ceremonias continuas. Los legionarios se pasaban horas cantando sus propias canciones (*La Madelón, La canción del legionario*). Se les enseñaba a entrar en combate cantando canciones sanguinarias para aterrorizar al enemigo. La solidaridad que ofrecía la comunidad legionaria no se limitaba al ámbito simbólico. El *Credo Legionario* imponía a los miembros del *Tercio* la obligación de no abandonar a los heridos en mano de los enemigos. A la voz ¡*A mí, la Legión!*, sea donde sea, los combatientes tenían que acudir todos y defender al legionario que había pedido auxilio. Sin embargo, no todos los testimonios coincidían en una narración exaltada y hagiográfica del *Tercio* y de su fundador. El general Batet remarcaba en uno de sus informes:

Compárense estas conductas con la del teatral y payaso Millán, que tiembla cuando oye el silbido de las balas, rehúye su puesto y explota de la manera más inicua una herida que en cualquier otro caso hubiera sido leve (El coronel Serrano Oribe y el General Federico Berenguer pueden dar fe de ello si quieren estar bien con su honor y su conciencia)⁷¹.

También el oficial de artillería Antonio Cordón reflejaba en sus memorias los cambios de personalidad que habían involucrado a los oficiales enrolados en la Legión:

Algunos oficiales que yo había conocido antes de que se alistaran en la legión los vi después convertidos en otros moralmente distintos, jactanciosos, chulos, bebedores, la mayoría siempre alardeando de valientes, crueles con el enemigo y sus propios soldados⁷².

Las malas relaciones de la Legión con los Junteros y otras unidades derivaron, sobre todo, de estas actitudes a las que se añadían una clara sensación de superioridad y un fanatismo difícil de encontrar en el resto del Ejército⁷³.

Desde luego, en ese período histórico, la Legión, para bien o para mal, era tema de actualidad. Además de Millán Astray y Franco, eran varios los escritores que llevaban la Legión a sus páginas contribuyendo a montar una propaganda

⁷⁰ FRANCO, FRANCISCO: *Marruecos. Diario de Una Bandera*, Madrid, Doncel, 1976, p. 67.

⁷¹ RAGUER, Hilari: *El General Batet*, Barcelona, Publicacions de L'Abadia de Montserrat, 1994, p. 65.

⁷² CORDÓN, ANTONIO: *Trayectoria: recuerdos de un artillero*, París, Editions de la Librairie du Globe, Colección Ebro, 1971, p. 74.

⁷³ ALONSO IBÁÑEZ, Ana Isabel: *Las juntas de defensa militares (1917-1922)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

bien orquestada. Los relatos eran estereotipados y contaban hazañas que se asemejaban a los romances estilo *Beau Geste* franceses⁷⁴. La vieja historia del hombre que busca en la guerra el olvido de su amada mediante el ingreso en la Legión impulsó la pluma de Fidel Prado para escribir la letra de la que se acabará convirtiendo en la canción legionaria más importante a lo largo de su historia, *El novio de la muerte*. También es interesante *El héroe de la Legión* escrita por José María Carretero. Aquí se nos presenta a un noble que despachado por amor se alista en la Legión para morir peleando. También el cine prestó una creciente atención a la guerra de Marruecos. El tema legionario se había puesto de moda también en Estados Unidos. La película *Marruecos* tenía como protagonistas nada menos que a Gary Cooper y Marlene Dietrich, esta última en el papel de una mujer loca de amor que acaba siguiendo a su héroe por las dunas del desierto. Sin embargo, la dura realidad de los hechos era diferente. Dado que los que se habían alistado (frecuentemente con nombres ficticios) en la Legión eran mayoritariamente gente conflictiva, ladrones, asesinos e inadaptados, para evitar que la brutalidad de los legionarios derivara en agresiones a sus jefes, se les imponía una disciplina salvaje inspirada en los samuráis japoneses. En uno de los espíritus, se recordaba a los miembros del cuerpo que tenían que cumplir su deber hasta morir. Las penas corporales eran frecuentes, los soldados a causa de un ejercicio físico agotador sufrían un proceso acelerado de despersonalización. La desertión y la insubordinación eran castigadas con la ejecución inmediata.

Estos aspectos inherentes a la realidad del protectorado fueron puestos en evidencia en toda su crudeza por Arturo Barea, escritor de una autobiografía novelada titulada *La Forja de un rebelde* y dividida en tres partes. En la novela llamada *La ruta*, Barea describía las marchas agotadoras⁷⁵ de los soldados y evidenciaba el vínculo espontáneo que se instauraba entre los combatientes. Además destacaba que, en la lucha, el hombre se convertía en un animal de rebaño sin más instinto que el de su autopreservación. Acerca de la condición de la tropa que no pertenecía a los cuerpos especiales, María Rosa de Madariaga ha subrayado cómo, más que los combates, eran sobre todo las malas condiciones higiénicas y sanitarias las que causaban estragos entre los soldados, muchos de los cuales estaban cubiertos de piojos, y con sarna, paludismo y otras enfermedades de la piel. La experiencia colonial dejó huellas muy profundas en la sociedad española. Todos los sectores de la sociedad directamente o indirectamente, en el protectorado o en la metrópoli,

⁷⁴ Véase SANTA MARINA, Luys: *Tras el águila del César: elegía del Tercio (1921-1922)*, Barcelona, Planeta, 1980 y ROS ANDREU, Juan Bautista: *La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor*, Las Palmas, Tipográfica La Provincia, 1932.

⁷⁵ BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde*, Barcelona, Random House Mondadori, 2004, pp. 340-341 y *La ruta*, Barcelona, Random House, Mondadori, 2006. Véase también SÁNCHEZ RODRIGO, Juan: *Diario de un soldado en la campaña de Marruecos 1921-1922*, Serradilla, El Cronista, 1922.

se encontraron involucrados en un conflicto que, aunque considerado periférico en la Europa de entonces, duró desde 1909 hasta 1927, cobrándose la vida de 25 000 soldados. En Marruecos, alejados físicamente y anímicamente de la sociedad española, los africanistas fueron forjando una identidad colectiva y una cultura de grupo: unos valores compartidos y unos rituales propios. Sus principios ideológicos, surgidos del proceso de deshumanización inherente a las campañas bélicas, eran de gran simplismo, pero a la vez de gran eficacia: disciplina de hierro, culto a la patria y a los caídos, fidelidad a los compañeros de armas y exaltación de la violencia. En el protectorado los militares coloniales se beneficiaron de una posición de superioridad jerárquica derivada de la situación colonial; en el Estado español trataron de reproducir esa jerarquía, imponiendo su hegemonía sobre el conjunto de la población. Esta táctica funcionó: hacia el fin de la guerra civil, los rebeldes habían conseguido imponer su peculiar sentido del mando sobre el conjunto del país.

Conclusiones

Una vez se ha desarrollado el mito del crisol de la hermandad jerárquica en el fascismo y en el africanismo gracias a las experiencias de la Gran Guerra y de la guerra colonial de Marruecos, vamos a exponer algunas consideraciones conclusivas. Es evidente que entre la Primera Guerra Mundial y la guerra colonial de Marruecos, a primera vista, pueden detectarse diferencias muy profundas y solamente analogías superficiales. De hecho, el fascismo intervencionista y el africanismo son realidades muy distintas y de cronología dispar. Sin embargo, en nuestra opinión, entre los dos fenómenos existen innegables sugerencias comunes que sería difícil negar y que intentaré tratar a continuación.

La Primera Guerra Mundial fue el conflicto que desencadenó en las sociedades europeas los efectos de la brutalización de la política mediante la destrucción total del enemigo y la separación irreversible entre amigo y enemigo, sin ninguna posibilidad de mediación. Fue una guerra de desgaste y de trincheras. Por primera vez, durante la Gran Guerra, aquellos estereotipos raciales que las potencias coloniales habían aplicado a los habitantes de los países africanos y asiáticos fueron trasladados al Viejo Continente en la lucha por el predominio mundial. Sin embargo, la Guerra Mundial fue una contienda intensa y sangrienta pero breve. Al contrario, como ha subrayado Gustau Nerín, ni siquiera hay acuerdos sobre la denominación del conflicto que se desarrolló en el norte de Marruecos entre 1909 y 1927. ¿Guerra del Rif? ¿Guerra de Marruecos? ¿Guerra de África? No obstante, fue un enfrentamiento largo, la mayoría de los historiadores hablan de campañas integradas por un conjunto de operaciones militares a menudo intermitentes y espaciadas en el tiempo, a lo largo de dos décadas. Es más, buena parte de estas campañas estuvo constituida por tiroteos a posiciones aisladas, ataques a

soldados extraviados, guerrillas de columna, asaltos a poblados indefensos o incluso bombardeos a rebaños y campos de cultivo. Además, en la Primera Guerra Mundial, las tropas italianas fue constituida exclusivamente por autóctonos, bien sea militares de leva, bien sea voluntarios de los cuerpos especiales. En cambio, el Ejército colonial español, formado inicialmente por militares de leva españoles, fue integrado a lo largo de la guerra por militares indígenas mercenarios y, sobre todo, por la Legión, formada sí por voluntarios españoles y jóvenes desarraigados, pero también por mercenarios extranjeros de todas las nacionalidades. Asimismo, en el caso español, no hubo una contaminación entre las varias facciones intervencionistas como la hubo en Italia, donde una parte minoritaria, pero relevante de la izquierda, se pronunció por varios motivos (hundimiento de los Imperios centrales, desmoronamiento de la sociedad capitalista, irredentismo) en favor de la guerra. En España, no se formaron comités espontáneos, asociaciones de ciudadanos, movimientos culturales como el futurismo italiano que empujaron desde abajo la participación activa de la ciudadanía en favor de la vocación expansionista de España. Al contrario, la movilización de los socialistas contra la guerra de Marruecos en el período 1921-1924 había sido, en efecto, impresionante y se centraba sobre el carácter inmoral e injusto de la guerra, el despilfarro de dinero, la corrupción y las miles de víctimas.

Sin embargo, ambos fenómenos, aunque tuvieron una cronología diferente, se desarrollaron en el caldo de cultivo de las influencias del ambiente ideológico finisecular. Es decir, un período histórico caracterizado por el éxito de corrientes de pensamiento como el darwinismo social, el racismo biológico, el evolucionismo, el irracionalismo, el vitalismo y el belicismo, esto es, doctrinas contrarias a la tradición parlamentaria y liberal-burguesa. Por lo tanto, entre los pensadores más influyentes de la época destacamos a Oswald Spengler, George Simmel⁷⁶, Ferdinand Tönnies, Carl Schmitt⁷⁷ y Ernst Jünger⁷⁸. En segundo lugar, no hay que olvidar que en el período entre Annual y Alhucemas, el fascismo logró conquistar el poder en Italia utilizando buena parte de la armazón ideológica (autoritarismo, encendido espíritu patriótico, antiliberalismo y anticomunismo) que los africanistas estaban orgullosos de exhibir en el protectorado. No era descabellado pensar que los africanistas, de alguna manera, se inspiraban también en el fascismo triunfante de aquellos años. No es casual que la oratoria de Millán Astray era la propia del período de entreguerras, y sus discursos y posturas recordaban el estilo del soldado y poeta Gabriele D'Annunzio. Otra afinidad interesante consiste en el análisis de la mentalidad expresada por los respectivos cuerpos especiales, es

⁷⁶ SIMMEL, Georg: *La filosofía del dinero*, Barcelona, Capitán Swing, 2013.

⁷⁷ SCHMITT, Carl: *Ensayos sobre la dictadura (1916-1932)*, Madrid, Editorial Tecnos, 2013.

⁷⁸ JÜNGER, Ernst: *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets Editores SA, 2005.

decir, los *Arditi* y La Legión. De hecho, a pesar de la diferente composición de las fuerzas de choque, en ambos casos, entre las dos experiencias, podemos detectar unas reglas de conducta y unos principios similares: el espíritu de una ciega y feroz acometividad, el de compañerismo, el de unión y socorro, el de combate y el de llevar con orgullo la bandera del cuerpo. Finalmente, sobresalía el espíritu de muerte. En el decálogo de la Legión se podía leer: “El morir en el combate es el mayor honor”. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde⁷⁹”. El lema de los *Arditi* “Me ne frego”, es decir, “Me importa un bledo”, escrito sobre la venda de una herida, manifestaba el mismo concepto. Por último, quiero destacar que en ambas realidades se hacían continuas referencias a la virilidad. En este sentido, los intervencionistas italianos y los africanistas ligaron los conceptos de debilidad, subordinación, individualismo, cobardía y materialismo a la esfera femenina, mientras relacionaron la masculinidad con las nociones de Estado, política, potencia y jerarquía. Concluyendo, podemos afirmar que así como la Gran Guerra fue la chispa que determinó las condiciones culturales, sociológicas, políticas y sociales para el nacimiento y la sucesiva evolución del fascismo, de la misma manera, la índole del imaginario castrense de los africanistas generó el humus cultural que contribuyó a fraguar las condiciones para que estallara el levantamiento militar de julio de 1936.

⁷⁹ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: ¡A mí la Legión!..., p. 123.